



XX

QUIÉN no reconocerá esta hermosa nacionalidad que se llama España? Extendida entre las cimas del Pirineo y el Océano; guardada por dos mares: la estrella de los fenicios, los campos Elíseos de los romanos, el edén de los árabes; cada pueblo ha dejado en su suelo un monumento; cada raza en su espíritu un rasgo; y toda su vida es una luz inextinguible en la humana historia. España fué el Dorado de la antigüedad. Cuando aparece en la escena de la civilización, el oro y la plata de sus ricas minas cambian las relaciones mercantiles del mundo. En sus costas meridionales, encontraron los griegos la adelfa y el mirto de sus rientes dioses, y en las crestas de sus montañas

del Norte, encontraron los celtas las encinas y las piedras para levantar los templos á sus sangrientas divinidades. Dos siglos consumió la Roma aristocrática en domeñar á España: dos siglos en que la hicimos temblar cien veces, con Viriato, con Numancia, con Sestorio, con los vascos y los astures. Cuando vino el imperio, España fué más grande por sus ideas, que Roma por sus armas. El primero entre los emperadores, Trajano, fué español; el primero entre los poetas, Lucano, español; el primero entre los filósofos, Séneca, español; el primero entre los didácticos, Columela, español; el primero entre los retóricos, Quintiliano, español; el primero entre los satíricos, Marcial, español; de suerte que, dominada España por la fuerza, fué dominadora por la inteligencia. En la historia moderna, si suprimierais su vida, suprimiríais la civilización. Ella unió, antes que ningún pueblo, el espíritu social de los latinos con el espíritu individualista de los germanos, en sus códigos y en su iglesia; ella venció en Covadonga y en Calatañazor á los árabes vencedores del mundo, y desvaneció, entre el ruido de las breñas de Roncesvalles,

el sueño reaccionario del nuevo imperio romano de Carlo-Magno; ella contuvo á los almoravides y á los almohades cuando se levantaban en alas de la guerra, como las arenas del desierto en alas del simoun para apagar la civilización cristiana; ella heredó el destino del imperio en los campos de Italia, cuando se rompió el cetro cesáreo en las manos del último mártir de la casa de Suavia, y en el Bósforo sostuvo y fortificó en sus últimos días el vacilante imperio bizantino: de sus costas lusitanas salieron las naves que juntaron la India, la cuna de la humanidad, á Europa, y de sus costas andaluzas las naves que, lanzándose al inexplorado Atlántico, descubrieron la tierra de lo porvenir, América; sin Lepanto, el Mediterráneo sería un lago de los serrallos del Turco; y sin Bailén, el Dos de Mayo y Zaragoza, Europa entera el pedestal de Napoleón, la herencia de sus descendientes, ó, como la antigua Roma, la gran prostituta de los nuevos Césares.

.....
 ¡Qué epopeya la guerra de la Independencia! ¡Si pudiéramos olvidarla, que perda-

mos antes mil veces la memoria! ¿Y cómo sería posible cuando á ella unimos los nombres de nuestros primeros poetas, y los acentos de nuestros más hermosos cánticos; cuando de ella surgió nuestra libertad, y el código inmortal de 1812; cuando por ella sabe Europa que nuestra nacionalidad no puede morir? Será imposible que olvidemos el Dos de Mayo, muros de Zaragoza y de Gerona; los campos sagrados donde brotó de nuevo la patria; las maravillas de la guerra de la Independencia. ¡Cuántas veces, en las largas veladas del invierno, al amor de la lumbre, hemos recogido el relato de la guerra, de labios de nuestros abuelos, y nos ha parecido oír en las ráfagas del viento la voz de los mártires, que nos excitaban á imitar su ejemplo, si alguna vez peligrara la independencia de nuestra patria! Sobre aquellos mares de sangre, sobre aquellos montones de huesos, sobre el ara de tan grandes sacrificios, está fundada nuestra nacionalidad.

.....
 ¡Héroes del Dos de Mayo, de Zaragoza, de Gerona, de Bailén, de Talavera, por vos-

otros tenemos patria! ¡Ah! ¡Patria! ¡Patria! Aunque sólo tuvieras en tus anales, que han fatigado á la gloria, la guerra de la Independencia, serías llamada siempre la redentora de las naciones!

(De sus *Cuestiones Políticas y Sociales*. Tomo III, página 72, año de 1870.)